

gar á Veracruz. En una de ellas le daban la triste noticia de haber fallecido su anciano padre. El corazon de Cortés se inundó de profundo dolor con la infausta nueva. Amaba á su padre con todas las veras de un buen hijo, y la esperanza que le habia halagado de que iba á verle y abrazarle, la vió desvanecida en los momentos en que menos esperaba aquel terrible golpe. Hernan Cortés celebró las exequias de su amado padre de la manera mas digna y solemne. Cumplido con este religioso deber, salió de Tlaxcala á los pocos dias, y llegó á Veracruz donde estaban dispuestos dos buques que habia comprado. Antes de embarcarse se confesó y comulgó, y poco despues se hizo á la vela, dando un adios de despedida á las bellas regiones que habia agregado á la corona de España con su política y con su esfuerzo. Iban con él sus leales amigos Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, y algunos otros caballeros adictos á su persona. Los nobles caciques mejicanos y los jóvenes tlaxcaltecas que quisieron acompañarle, dirigian una mirada cariñosa á las playas de la tierra en que habian nacido y donde dejaban sus familias y sus amigos; tristes por los queridos seres de quienes se separaban, y contentos á la vez porque iban á ver el mundo de los hombres blancos, para volver despues y poder contar á sus compatriotas las maravillas que habian presenciado.

CAPÍTULO XIII.

Llega Cortés á España.—Muere Gonzalo de Sandoval.—Casual encuentro de Cortés y de Pizarro en la Rávida.—Brillante recepcion que la corte hace á Cortés.—El monarca da á Cortés el título de Marqués del Valle de Oajaca.—Varias concesiones que le hace y pueblos que le da en señorío.—Le confirma el nombramiento de capitan general de la Nueva-España.—El Papa concede á Cortés el patronato del hospital de Jesús.—Se casa Cortés con la hija del conde de Aguilar.—Llega á Méjico la Real Audiencia.—Instrucciones que se le dieron.—Conducta reprobable que observó.—Se apodera de los bienes que Cortés tenía en la Nueva-España.—Que en Inglaterra se hacían esclavos y se marcaban con hierro candente.—Providencias del monarca en favor de los indios.—Nombra el rey á Fray Juan de Zamárraga, obispo de Méjico.—Arbitrariedades y excesos cometidos por la Audiencia.—Actos contra los religiosos que defendian en el púlpito los derechos de la humanidad.—La Audiencia hace que se eleve una solicitud pidiendo que no vuelva Cortés á Méjico.—Los obispos y los religiosos, así como otros muchos españoles, piden al rey que quite el mando á la Audiencia.—Parte Nuño de Guzman á la conquista de Jalisco.

1528 y 1529

La navegacion de Hernan Cortés fué de las mas felices. Favorecido por un viento bonancible y constante, llegó á descubrir las costas de la madre patria, sintiendo, al verlas, esa dulce emocion que no es dable describir, y que

intentarlo seria profanar el sentimiento mas puro y noble del alma.

Era en los primeros dias del mes de Mayo de 1528. Los dos veleros barcos, pasando la barra de Saltes, entraron á los cuarenta y un dias de navegacion, al pequeño puerto de Palos, el mismo en donde treinta y cinco años antes habia desembarcado Cristóbal Colon, de vuelta de su descubrimiento del Nuevo Mundo. Al pisar el suelo natal, Hernan Cortés y los que con él iban hincaron en tierra la rodilla, y alzando las manos al cielo, dieron gracias al Todopoderoso por el feliz viaje que les habia concedido.

Entre los caballeros que se hallaban al lado de Cortés, se veía á Gonzalo de Sandoval, que llegaba algo enfermo de calenturas. El valiente capitan que se habia distinguido por su prudencia, su fidelidad y su esfuerzo en las rudas campañas de la Nueva España, llegaba falto de salud al país en que habia visto la primera luz del sol. Necesitando reposo y ponerse en cura, se alojó en casa de un cordelero de jarcias y cables, pues no prestaba el corto pueblo de Palos grandes recursos ni comodidades al viajero. Inmediatamente se le dispuso una cama para que descansase, y se arreglaron las habitaciones destinadas para él.

Hernan Cortés, con el fin de encontrar un local mas cómodo para su numerosa comitiva en tanto que daba aviso al rey de su llegada, dejó á Sandoval al cuidado de sus criados, y se dirigió con los demás compañeros de viaje, al convento de franciscanos de Santa María de la Rávida, en que se alojó Cristóbal Colon cuando marchó

de Portugal á proponer á Isabel la católica el descubrimiento del Nuevo Mundo.

El convento de la Rávida estaba á corta distancia de Palos, y pronto llegaron los viajeros al amplio monasterio donde fueron recibidos con las demostraciones mas señaladas de aprecio.

Mientras los religiosos se esmeraban en obsequiar á sus ilustres huéspedes, el cordelero de Palos, donde habia quedado enfermo Gonzalo de Sandoval, proyectaba una accion indigna contra su alojado. Habia visto colocar á los criados del doliente capitan, trece barras de oro en una arca que colocaron en el mismo cuarto. La vista del rico metal despertó la codicia del cordelero, y esperó un momento favorable para poner en obra el plan que se habia propuesto. La enfermedad de Sandoval habia tomado alarmantes proporciones, y el enfermo se hallaba sin fuerzas y casi cadavérico. El cordelero, manifestándose interesado en su salud, les dijo á sus criados que corriesen inmediatamente á la Rávida y dijesen á Cortés que Sandoval se hallaba en extrema gravedad y que fuese á verle. Los criados que, con efecto, veian malo á su capitan, salieron hácia el convento. El cordelero al verse solo, se dirigió al sitio en que estaban las barras y las sacó del cofre, á presencia de Sandoval que, no teniendo fuerzas para moverse, se vió precisado á guardar silencio, temiendo que el criminal le asesinase. Hernan Cortés al saber la gravedad en que se hallaba su leal amigo, marchó inmediatamente á Palos, para acompañarle en sus últimos momentos. El cordelero de jarcias se habia fugado entre tanto á Portugal llevándose las trece barras de oro. Cortés, al ver

la gravedad de su amigo, no se llegó á separar ni un solo instante de su lado, cuidándole con un cariño fraternal. Gonzalo de Sandoval, viendo que se acercaba el término de su vida, se dispuso á la muerte con piedad y resignacion cristianas. Recibió con fervor los auxilios que al moribundo presta la religion católica, y espiró con tranquilidad, despues de haber dejado en su testamento, por albacea, á Cortés, y por herederas á sus hermanas. Así murió, á la bella edad de treinta y un años, uno de los capitanes mas caballeros y valientes que pasaron á la Nueva España. Pertenecia á una familia distinguida, y habia nacido, como Cortés, en Medellin. Era hombre de sencillas costumbres, desinteresado y franco, prudente en el consejo y fuerte en los combates. La pintura que el sincero Bernal Diaz del Castillo hace de él, no puede ser mas honrosa para un militar. En todos sus actos reveló siempre que su única aspiracion era la de alcanzar la gloria de un buen soldado. Hernan Cortés dispuso que sus exequias se celebrasen con toda solemnidad, y su cadáver fué sepultado en el monasterio de la Rávida, á donde fué conducido por algunos de sus fieles soldados y acompañado de su querido general. Hernan Cortés sintió profundamente la muerte de su leal amigo, y tuvo este motivo mas para el luto que vestia por su padre y por su esposa.

Durante los dias que Hernan Cortés permaneci6 en el convento de la Rávida, llegó al mismo monasterio don Francisco Pizarro, que iba á embarcarse en el puerto de Palos para emprender la conquista del Perú. El segundo iba á dar principio á una empresa gigantesca, cuando el primero habia dado cima á la que se tenia como fabulosa.

Allí, en el mismo sitio en que Colon manifestó á Fray Juan Perez de Marchena su conviccion de la existencia de un Nuevo Mundo, se hallaban los dos hombres extraordinarios que representaron los primeros papeles en el teatro de la América. Ambos eran antiguos amigos, pues se conocieron en la isla de Cuba, y aun existia entre ellos parentesco, pues la madre del conquistador de Méjico era Pizarro y Orellana. Otra coincidencia rara hace singular aquella casual reunion. Entre los individuos de la comitiva de Cortés se hallaba Juan de Rada, quien pasando mas tarde al Perú, y tomando parte en las agitaciones suscitadas mas tarde en aquella parte de la América, siguió el partido de los Almagros, y para vengar la muerte de don Diego, se hizo jefe de la conspiración contra Pizarro á quien quitó la vida. Así bajo las bóvedas de aquel modesto monasterio donde se albergó el descubridor del Nuevo Mundo, se hallaban el hombre que acababa de agregar á la corona de España, el Norte de las vírgenes regiones de aquel mismo mundo; el que poco después añadió el Sur, notable por las auríferas minas de su suelo, y el que habia de matarle despues de las terribles vicisitudes pasadas para el logro de su empresa.

Desde el momento que Hernan Cortés llegó á la Rávida, escribió á la corte anunciándole su llegada. La sorpresa que causó esta noticia, es indescriptible, por la razón de que nadie la esperaba. Todos habian estado en la creencia de que seria preciso usar de la fuerza para hacer salir de Méjico al conquistador, y no pudieron menos que sorprenderse al verle presentarse espontáneamente para desvanecer los cargos que se le hacian. El hombre á quien

se le habia pintado dispuesto á oponerse á las disposiciones reales, referentes á residenciarle, llegaba cuando no habia salido aun de España la Audiencia encargada del gobierno de Méjico y de juzgarle. El paso dado por Cortés, era la contestacion mas elocuente con que podia contestar á los que le acusaban de estar resuelto á no ceder el mando de la Nueva España á ningun otro. Su llegada le vindicó á los ojos del monarca y de la nacion, y sirvió de noble contestacion á las calumnias de sus enemigos. Las nubes de la sospecha se desvanecieron, y el soberano, no dudando ya de la fidelidad del hombre que le habia dado numerosas y ricas provincias, dió órdenes para que en todos los lugares de su tránsito, fuese recibido y obsequiado como correspondia al distinguido mérito que habia contraido con sus notables servicios á la corona. La noticia de su llegada se habia extendido con rapidez eléctrica de un extremo al otro de la península. La fama habia pregonado sus preclaras hazañas, y el nombre de Cortés era pronunciado con entusiasmo por todas las clases de la sociedad.

El afamado general, despues de despedirse de los modestos religiosos de la Rávida y de orar junto á la tumba de su querido amigo Gonzalo de Sandoval, emprendió su viaje al interior, acompañada de su lucida comitiva. La gente ansiosa de conocer al hombre cuyos hechos excedian á los fantásticos de las leyendas caballerescas, acudia de todas partes á verle. Los caminos por donde tenia que pasar, se hallaban cubiertos por la multitud de individuos de todos sexos y edades que acudian de las aldeas próximas. En las poblaciones del tránsito el gentío era

inmenso. Las casas y los balcones se alquilaban á precios subidos, y se levantaron tablados á uno y otro lado de las calles para que los ansiosos espectadores pudieran fijar la vista en el héroe que, sin auxilio ninguno de la corona, habia agregado auríferas y extensas provincias al cetro de Castilla. Hernan Cortés no ostentaba lujo en el traje que vestia. Gustaba de la sencillez y de la elegancia, y marchaba con un vestido de graciosa hechura que realizaba las varoniles formas de su airoso cuerpo. El público, agolpándose por todas partes, le victoreaba con entusiasmo, y miraba con agradable sorpresa el extraño y caprichoso traje de los nobles indios que daban al espectáculo un tinte novelesco. No parecia su entrada, como dice un antiguo historiador, la de un gran vasallo, sino que «llegaba de las Indias con el acompañamiento y majestad de un emperador (1).»

Hernan Cortés se dirigió de la Rávida á los bellos estados del duque de Medinasidonia que le recibió con extraordinario agrado. Despues de haber pasado algunos dias en su compañía, recibiendo un trato magnífico, continuó su viaje, dirigiéndose, por acto de devoción, al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe. El duque, al despedirse, le regaló unos excelentes caballos andaluces y le hizo los mas lisonjeros ofrecimientos.

La casualidad hizo que en los momentos que llegaba al

(1) «Vino de las Indias despues de la conquista de Méjico con tanto acompañamiento y majestad que más parecia de príncipe ó señor poderosísimo, que de capitán ó vasallo de algun rey ó emperador.» — Lanuza. *Historias eclesiásticas y seculares de Aragon.*

monasterio de Guadalupe se hallase en él doña María de Mendoza, mujer de Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon y gran privado del emperador Cárlos V. En compañía de la ilustre dama se hallaba una hermana suya, jóven de singular belleza, y algunas otras señoras de distinguida cuna.

Hernan Cortés, al saber que se encontraba allí la esposa del alto personaje que ocupaba en la corte el lugar primero entre los amigos del monarca, se dirigió á visitarla, para ofrecerle sus servicios. El fino y respetuoso trato del general, su conversación amena, fácil y variada, sus finos modales, en que se veían asociados la dignidad que da la costumbre del mando, con la afabilidad y respetuosa franqueza del hombre sin vanidad y sin orgullo, causaron una impresion favorable en la ilustre dama y sus amigas. El general aprovechó aquella favorable ocasion para hacer gala de su liberalidad, y se mostró espléndido, regalando exquisitas joyas de oro á las ilustres damas, dedicando las mas notables á la esposa del comendador. Las finas atenciones del general, hijas de sus hidalgos sentimientos y de ninguna manera de la baja adulacion, fueron apreciadas en su justo mérito por las obsequiadas damas, las cuales escribieron á la corte, que se hallaba en Toledo, cartas altamente favorables á Cortés, que le prepararon un acogimiento verdaderamente notable en ella. La escrita por doña María de Mendoza, produjo un efecto admirable en el ánimo de los que la leyeron. El comendador, contento de lo que su esposa le comunicaba, se presentó al rey con la carta, y le suplicó que en todo favoreciese al leal vasallo que se habia dis-

tinguido con su valor, su fidelidad al monarca y sus servicios á la corona.

Cumplidos con los deberes del católico y del caballero, Hernan Cortés se dirigió del monasterio de Guadalupe á Toledo, donde, como he dicho, estaba entonces la corte. Un inmenso gentío salió de la población á esperar al general castellano al saber que se aproximaba. El duque de Béjar, el conde de Aguilar, y otros grandes señores con toda la nobleza, marcharon á recibirle á las puertas de la ciudad, y le acompañaron al suntuoso alojamiento que el monarca habia mandado disponer.

Estos momentos debieron ser los mas gratos que disfrutó en su vida el conquistador de Méjico. Aquella recepcion en que el pueblo entero y la nobleza le manifestaban lo mucho en que estimaban sus hechos y sus hazañas, era la recompensa mas satisfactoria á sus servicios.

Al siguiente dia fué recibido en audiencia por el emperador. Hernan Cortés, al presentarse á la presencia del monarca, hincó la rodilla en tierra, pero Cárlos V le mandó levantar, y escuchó con agrado la interesante relacion que á grandes rasgos le hizo de sus servicios en la Nueva España. Temiendo cansar la atencion del monarca, le entregó un memorial, en donde, despues de referir todo lo relativo á los países que habia agregado á la corona de Castilla, se quejaba de los injustos agravios que le habian inferido en Méjico los oficiales reales Salazar y Chirinos, perjudicándole en su honra y sus intereses, mostrándose igualmente ofendido del tesorero Estrada, que habia tratado de humillarle y escarnecerle. El rey

quedó muy satisfecho de Cortés, y sintió profunda satisfacción al ver deshechos los cargos con que la enemistad y la envidia de sus émulos habian tratado de empañar su nombre. En las subsecuentes conversaciones que Carlos V tuvo con el general, le consultaba con frecuencia sobre los puntos mas importantes para el buen gobierno de la Nueva España, y muy especialmente sobre todo lo que pudiera hacerse en bien de los indios y por el adelanto de la industria interior del país. El monarca habia examinado detenidamente las telas, mosaicos y obras de joyería que le presentó Cortés, y se formó un concepto ventajoso de la inteligencia de los naturales. Como si tratase de reparar la injusticia de haber dudado de la lealtad de un hombre en quien veia la fidelidad y la nobleza, aprovechaba las oportunidades que se le presentaban, para manifestarle la confianza que de él tenia. Cuando se presentaba en público, siempre llevaba á Cortés á su lado, y en todas partes le distinguia. Bernal Diaz del Castillo refiere un hecho que revela la preferencia que Carlos V hacia del conquistador de Méjico sobre los grandes de la corte.

Un domingo en que el monarca se hallaba oyendo misa mayor con lo mas granado de la corte, llegó Hernan Cortés poco despues, cuando todos permanecian en sus sitios, y pasando por delante de ellos, fué á sentarse, por mandado del monarca, junto al conde de Nassau, príncipe soberano de Alemania, que ocupaba el asiento inmediato al del emperador. No dejó esto de excitar los celos y la crítica de los grandes; crítica y celos que desvanecieron el duque de Béjar y el conde de Aguilar, haciéndoles ver

que Cortés no habia obrado por voluntad propia, sino por disposicion del monarca. En nada sin embargo se manifestó de una manera mas patente el aprecio de Carlos V á Cortés, que en el caso que voy á referir. Pocos dias despues de haber llegado el general á Toledo, cayó gravemente enfermo, haciendo temer á todos por su vida. El rey, acompañado de la grandeza, fué á visitarle á su alojamiento. Esta distincion fué mirada en aquellos tiempos, como la mas singular que un monarca podia hacer, y todos los escritores hacen mencion de ella, como si por sí sola imprimiese en el agraciado una dignidad superior á todas las recompensas.

La presencia del soberano puede decirse que fué una medicina eficaz que reanimó la vida de Cortés. La agradable emocion que sintió, fué un bálsamo consolador que le hizo olvidar todos los padecimientos físicos. Mucha parte tuvo la satisfaccion moral que sintió por la visita del monarca, en el restablecimiento de su salud.

El aprecio manifestado por Carlos V al hombre que habia arrastrado peligros sin número para servirle, fué una verdadera aprobacion pública de su conducta. Satisfecho de su fidelidad, quiso premiar espléndidamente los importantes servicios del hombre á quien injustamente habian calumniado. Para hacerlo como magnánimo rey, le concedió, por diversas cédulas fechadas todas el 6 de Julio de 1529 en Barcelona, el título de Marqués del Valle de Oajaca, con el señorío de veintidos villas y veintitres mil vasallos, y la duodécima parte de las tierras que en lo sucesivo conquistase por juro de heredad. El monarca le habia ofrecido darle todo el reino de Michoacan; pero